



11 / Guayaquil
II semestre 2023
ISSN 2631-2824

Para hablar de cuerpo presente hace falta de cuatro a cien manos¹

193

Un texto de
Ángeles Martínez,
con anotaciones de
Miyer Pineida²

Siempre admiré el vaivén de palabras de la poesía de Siomara, ese sonido de ría, esas metáforas trabajadas arduamente para que sean tan aéreas, tan sonoras, tan precisas, y de pronto esa calma que me daba su poesía, no siempre exenta de guerra, se convierte

1 El presente texto fue leído por Ángeles Martínez, con ocasión del lanzamiento del poemario *Cuerpo presente*, de Siomara España, poeta y profesora de la Universidad de Artes. Debe leerse bajo la comprensión de que se trató de una exposición oral, en la que la revista *Pie de Página* ha procurado intervenir lo menos posible. A menudo, Ángeles Martínez se dirige a Siomara España mediante la segunda persona gramatical.

2 En el texto que el lector tiene en sus manos, se hallan algunos comentarios, escritos en cursivas y con sangría mayor, del poeta colombiano Miyer Pineida, a quien Martínez pidió participar con sus juicios y valoraciones personales.

en diluvio, en trueno, en cocodrilos que se comen la capacidad de acción, las córneas, en ganas de llorar sin ojos.

Blanca Varela da la entrada al libro de Siomara España. Entre el cielo, las raíces del llanto y del espanto en manos imperfectas, en manos que serán cercenadas. Leer el libro es exponerse a los golpes de una realidad que se ensaña en el cuerpo femenino. El cuerpo de la mujer se ha vuelto un territorio en el que los asesinos dirimen sus frustraciones, sus vacíos, su nimiedad, su vacío desamparo. Inhumanos, han hecho del cuerpo territorio de guerra, mientras afuera el mundo es un desierto cultural que se silencia ante la atrocidad.

194

El tema elegido no es fácil. Cuando me contó que hablaría de los femicidios, sentí temor por una poeta tan querida: «¿Dónde te habrás ido a meter, Sio, monita, querida poeta, hermana de verso?», pensé. Primero porque hay un riesgo en cruzar la línea del activismo y dejar de lado el arte, un peso en vísceras, claro, que puede cambiar la balanza. Las palabras útiles podían reclamar salir de su carcaza de figuras literarias, ya no ser poesía, ser grito, ser lucha, está bien, pero ¿qué harían en un libro de poemas? Por otro lado, me atemorizó la revictimización, el uso de la muerte y la violencia, una apropiación indebida del dolor, como pasa en YouTube, monetizando por el caso de Debanhi Escobar o Ariadna o María Belén Bernal, en fin, los tantos riesgos.

Sentí nervios, ante el sonido de una ráfaga de plomo, por la entrada del realismo poético, por los fracasos del arte por contar lo que pasa en la calle, del abandono de su piel, por una causa más grande, de ese cortarse las alas de la poesía con un filo oxidado. Cómo ser poeta ante los feminicidios, cómo atreverse a narrar un país desde su estupidez suma, y, peor aún, meterse a la intimidad del doliente y en los ojos de la mujer que leerá estos versos sabiendo que su vida está en riesgo, sabiendo, estadísticas en mano, que no

es una la que sufre-sufrió-sufrirá violencia, sino que somos todas, todas las asesinadas, y Siomara se atreve a escribir este libro.

Pero...No hay territorios vedados para la poesía, pero en algunos de ellos la dignidad se suma a la poética para recordar al lector que toda estética se empodera en una ética. La poesía penetra en el lugar de la crítica para señalar que los derechos humanos se han convertido en una burla. Siempre se corre el riesgo del amarillismo, de la instrumentalización de la muerte para hacer, de la memoria y del sufrimiento de las mujeres, una fórmula para aparentar una escritura; así se corre el riesgo de convertir la obra en simulacro; sin embargo, el libro de Siomara España sale bien librado. La poesía recuerda a los peatones indiferentes que la instalación es un espejo: somos también esas mujeres, las asesinadas, torturadas, mutiladas o desaparecidas; somos esos niños viendo cómo los padres asesinos no son más que eso, una vergüenza horripilante en la memoria; somos esos en los que todavía la ira se posa y causa indignación, en un país en el que ya pocos se indignan. Somos esos que suman los cuerpos sin meterlos en los armarios de la indiferencia; no los cubrimos ni sumamos deshumanizando las cifras, los números rojos.

195

Y luego respiro con una bolsa de papel para la ansiedad, hormiguean las manos, porque leo el libro, no me calma, me pone peor, pero ella, la poeta, surca con maestría el lodo, hace necesarias sus palabras en este contexto. Y recuerdo ese ejercicio que hizo Jorge Esquinca cuando en México creó un libro que tituló, en honor al verso de su gran poeta fundacional, la *Suave y dulce Patria*. En un país convulso, se le ocurrió al poeta-antologador recoger no solo los textos de su historia, sino los de su presente, sobre la «patria», el país, el Estado, esa geografía con identidad, y los poetas nuevos hicieron el deber, porque no había casi quienes escribieran del tema. Ahí descubrí a la poeta Cristina Rivera Garza con la *reclamante*, esa poeta a la que le *hackean* las clases con imágenes sanguinarias porque no les gusta que diga lo que dice.

Y luego pensé en una mujer maravillosa, una intelectual norteamericana que llegó al país alrededor del cielo del 11 de septiembre, y dijo en un ensayo que no había logrado entender la tragedia hasta que no leyó a los escritores de su país, porque ni los periódicos ni las radios ni las imágenes ni la sobresaturación de todo lograban humanizar, profundizar, conectar con lo que la gente sentía o debía sentir (en ese estado de *shock*).

Siomara: has tomado ese camino. En la contraportada, Mercedes Roffé traza un camino más preciso al que pertenece tu obra... habla de una altísima tradición desde la crudeza de *Morgue*, de Gotfried Benn (1912); *Testimony*, de Charles Reznikov (usa judiciales de 1965 a 1968); *Espejos de las fugaces*, de Joumana Haadad, de 2010, en el que aborda el suicido de poetas; el *Libro centroamericano de los Muertos* (2018), de Balam Rodrigo, sobre migración.

196

Y la obra empieza con una primera parte. Breve. La poesía, desde el orgullo que detenta, solo puede encontrar belleza en los restos; solo queda esa opción para poder continuar, solo queda esa extraña forma de resignación: «al mar vamos las muertas/ al mar las sofocadas// salobre bálsamo/ en quietud de estrella» (p. 17).

Para entrar en el tema de lleno, en la segunda parte titulada «Horizontalidad del cuerpo», optas por una vía más difícil, porque partes de la poeta que, con la muerte, se llevó la mitad de tu alma y buena parte de tu risa. Le escribes unos versos que le debías hacer tanto a la gran Dina Bellrhan, suicida a los 27, espíritu selecto, nacida en Naranjito, la mujer de Helio que no solo es una de las voces más potentes de la poesía ecuatoriana de nuestra generación, sino que era tu compañera más cercana de travesía. Y escribes sobre ella, sobre la bufanda que sostuvo su cuerpo, sobre un alguien en el teléfono y otras cosas que solo dejas entrever, pero que tú bien sabes: «Y cae en el redil de un asesino sin puñales sin evidencia de sangre entre sus manos / la misoginia es asesino sin cadáver”».

En «Horizontalidad del cuerpo», Dina Bellrham señala con su adiós el peso de lo indecible entre la carne, el hueso y el nervio del espíritu. «Y pensar que siempre quiero marcharme dejando las maletas debajo del catre, y el abrigo puesto en el cuerpo de otra» (p. 21), y llega su hermana Siomara España, su siamés atada, cosida a la sombra de Dina, mientras ella camina bajo tierra, Siomara es la otra que se dispone a continuar en su senda, la comprensión de Dina, quien vio los ojos del abismo y aceptó el dictamen.

Y le pides, amiga, yo sé, le pedimos todas, que te sepa guiar por las muertes violentas en las que has ido a meter de los pies a la coronilla. Como aquellos que deben morir para poder nacer shamanes, tú misma te clavas la daga. Cómo si no es muerta se puede atravesar lo que viene, cómo si no es con el corazón desgarrado.

Ya listos, una tercera parte del libro (aunque no la separas) con los ojos llenos de sombra, España de Guayaquil, recortas pedacitos del periódico para introducir un poema de cada una de las X víctimas que ha seleccionado. Diana Carolina, María Mercedes, María Fernanda, Lisbeth, Rocío Magdalena, Antonella R.G (trans), Cristina Rodríguez, Fernanda, Rosa, Ángela Sofía, Sharon, Sara y otras (suicidas).

Los periódicos, las radios, los chismes esos son los que revictimizan, y partes de ahí. Amelia Viteri en *Tratar la trata*, su guía para periodistas en tema de género dice:

...las y los profesionales de la comunicación se enfrentan a la inmediatez de las noticias, al titular que requiere de cierto impacto para que ser aprobado por los editores de los medios y a la difusión de contenidos que está mediada por la competencia, la primicia y la acogida del público que consume las crónicas y noticias.

La poeta aclara, desde el primer poema, que se trata de una crónica roja; ella lee en los muros de la urbe, de la muerte en la que el asesino manda, se mimetiza con el destino de algunos de los casos de feminicidios más atroces; «Si los del piso de arriba tocan el violín, los de abajo hacen fiesta», dijo Marx; en el país real, el poder subyuga la democracia y los derechos humanos, mientras todas las minorías son destrozadas en las márgenes. Eso es lo que termina pesando en una crónica: los vestigios del cuerpo destrozado en las noticias que una tras otra son la historia que llena el estómago del olvido, para conveniencia de los asesinos, son el reflejo de lo que sucede en las cárceles, en las calles, en los campos. Mientras, los poderosos se ocultan para culminar sus fechorías.

198

Y dice Amelia Viteri: «La dignidad humana es un valor cuya vulneración no tiene que demostrar la víctima. Al ser una agresión que cometen los victimarios, la carga de la prueba debe pasar de la víctima al victimario...». Por eso creo que Siomara pone un alfiler en las noticias; pese a que ella dice que es una crónica roja, no lo es. Aparecen, sí, testigos de primera mano de lo que ocurre antes de la entrada de cada poema, pero están tamizados por unos puntos suspensivos que estoy segura nos protegen de replicar esas formas de contar para el morbo y la audiencia.

Veamos unos ejemplos:

...murió la mañana de viernes por degollamiento...

El responsable (...) su pareja(...) María Fernanda
(...) herida en el cuello (...) con un pico de botella (...) era una reconocida cantante popular, actividad que cumplía con su hija de 19 años.

Y dejas escapar esta:

Rocío Magdalena Mendoza Macías de 20 años, trabajaba en un centro de diversión nocturno de la población de Las Golondrinas (...).

Pero qué manera de poner otro ingrediente a esa fórmula, Sio, y de este material de mierda, hacer un poema que duele, pero que revive a cada una, o que sí, le mata otra vez, quizá con más dignidad, quizá para que su salvaje asesinato, feminicidio, no sea una muerte cualquiera, un subir los hombros, para que no haya un imbécil más que diga: «Es que a nosotros también nos maltratan, es que hay más hombres que mueren por el hampa, es que las feminazis...» (las feminazis, que sí se ponen la tanga en la cara para marchar, pero son quienes recogen del desmayo a la madre de la muerta) son las feministas de primera línea, las valientes, las que son amenazadas....

Tu libro, Siomara, no apaga, sino despierta la lucha, no apaga, sino enciende la poesía, nos convoca, nos llama, nos sacude con las uñas clavadas en los brazos. ¿Quién evitará este libro?, ¿quién se atreverá a mirar a otro lado, a saltar sobre charcos de sangre como si fueran divertidos?, ¿quién se pondrá metafísico y espiritual después de saber de su existencia?

Continúa en el mismo sistema en la que llamas la tercera parte, «Cuerpos Verticales»: mujeres cercenadas, violentadas, con un caso más, el de Jessica, cortada los dos brazos frente a su hijo, noticia-poema, para cerrar con un grito que se trifurca en: «Boleta de amparo», «Miedo», «Killer City».

Siomara no se ha encontrado con un tema: ese tema nos ha encontrado a todas, y ella se ha animado. El poemario le ha tomado dos años, dos años de dolor.

Es un privilegio este libro, que debe seguir escribiéndose hasta que no haya otra embalada, violada, descuartizada por su propia pareja o expareja, por el padre de sus hijos. No hay poesía en eso: la poesía nos recuerda otra cosa, es una mirada oblicua a la

realidad, como decía Emily Dickinson, un corte transversal que nos permite acercarnos a la realidad y no quedarnos en una exposición superficial, sino sentir el pulso acelerado, indignarse en serio, sentir —maldita sea— que no está bien, que no es normal, que no es mentira ni exageración.

Este libro es un respiro en medio de tanta normalización e impavidez. Bien escrito, no le sobra nada y cumple con una misión durísima que pocos asumen desde la comodidad de las experiencias exquisitas del arte. Dice: esto vivimos, leamos lo que vivimos, pero es más que eso.

Aquí se abordan los elementos de tortura, y esas pequeñas cosas. El desasosiego de parir mujeres, de ser, de quererlas, de un territorio amado y cada vez más violento: esas insignificancias para los discursos del poder macho que atraviesa lo político, lo social, lo artístico, casi todo lo literario.

María de los Ángeles Martínez Donoso

Cuenca, Ecuador, 1980. Poeta y editora. Es licenciada en Ciencias de la Educación, máster en Antropología de lo Contemporáneo por la Universidad de Cuenca y Máster en Edición por la Universidad Carlos III. Coordinadora editorial de UCuenca Press. De su trabajo en investigación se destaca: «Bohemia y Vanguardia en Cuenca de los años veinte (modernistas cuencanos)»; «Visibilidad de mujeres artistas contemporáneas en Cuenca»; «Violencia en Cuenca en el XXVII y XVIII».

Ha representado al país con su poesía en importantes eventos dentro y fuera del país. Ha publicado los poemarios: *Gotea*, Editorial Bichito, Quito 2023; *Error de Raccord*, La Caracola, 2022; *Entrecortada*, Editorial La Caída, 2021; *Cuatro cuartos y delirio de luto*, junto al poeta mexicano Víctor Cabrera, El Ángel Editor, Quito, 2014; *Trasnoche*, Colección El último round, Casa de la Cultura Núcleo del Azuay, Cuenca, 2012; *Trozos de vidrio*, Colección Palabra al Día, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 2007, entre otros. Su obra aparece en importantes antologías nacionales e internacionales de Colombia, México, España, Italia y Francia.